

April 18, 2021

Ustedes son testigos de todo esto

Penelope Bridges

Aleluya, Cristo ha resucitado. Es verdad, el Señor ha resucitado, Aleluya.

Cada una de nuestras historias hoy, de los Hechos y del Evangelio de San Lucas, empieza en medio de una historia más larga. En los Hechos, el pasaje empieza con “Al ver esto.” ¿Que es esto? Regresemos al principio del capítulo. Pedro y Juan encontraron a un hombre tullido que les pido limosna. En lugar de dinero, Pedro le mandó que se levantara y caminara. Inmediatamente se volvió sano, y siguió a los discípulos, saltando y alabando a Dios. El pueblo lo reconoció y se reunió alrededor de ellos, asombrado. Al ver esto, Pedro se dirigió al pueblo, para enseñarlo sobre el poder curativo de Dios.

Pedro los recuerda que eligieron a Barrabás en vez de Jesús, y él da la gloria para el milagro al poder del Cristo resucitado. Entonces, los pide que se arrepientan y se conviertan, para que sean borrados de sus pecados.

Es una oración valiente, especialmente después de que Pedro mismo había rechazado a Jesús. Ahora Pedro se atreve a decir la verdad dolorosa a su propia comunidad. No es coincidencia que usa las mismas palabras que describieron su traición de Jesús en el evangelio de San Lucas. Pedro asegura a sus vecinos del perdón de su vergüenza, recordando a su propia experiencia de arrepentimiento. El ha recibido este perdón en su reunión con el Cristo resucitado.

Por lo tanto, Pedro nos enseña a crecer y sanar de nuestra desesperación, a madurar en nuestra fe para ser testigos al poder del amor de Dios. Las conversaciones difíciles de este año sobre injusticia, racismo, y las políticas, son pasos esenciales en nuestro camino a la sanidad societal.

No podemos ser testigos a la curación de Dios hasta que avancemos hacia esa curación, hasta que hayamos confesado nuestras fallas y abrazado la noticia buena de la resurrección. Cuando reconocemos a Jesús, herido y vivo, entre nosotros, sabemos que estamos perdonados, liberados, y enviados como testigos.

Entonces, volvamos a la otra historia, en el Evangelio, una historia del tiempo antes de los Hechos, antes de Pentecostés, una historia de la noche del primer Día de Pascua. Estamos en el salón arriba en que los discípulos se esconden y tratan de entender los primeros informes de la resurrección. Uno informe viene de dos discípulos que caminaban a Emaús y lloraban la muerte de Jesús, cuando Jesús mismo les acercó. No lo reconocieron – me pregunto si quizás llevaban cubrebocas – hasta que le hubieran invitado en su casa, y él tomó el pan, lo bendijo y lo rompió, y entonces se desapareció.

Los dos inmediatamente volvieron a Jerusalén para contar su historia. Mientras están hablando de todo esto, Jesús llega. No es fantasma, porque come un pedazo de pescado. No es un ser celestial, porque les muestra las heridas abiertas en sus manos y sus pies. Es simplemente un hombre cicatrizado. Están asustados, alegres, e incrédulos. Por eso, las primeras palabras de

Jesús son palabras de seguridades: Paz a ustedes; no tengan miedo. Les invita a reconocerlo, y se identifica con el Dios de Moisés, diciendo “soy yo”: YO SOY.

Después de calmar su terror, Jesús recuerda a los discípulos que les había dicho que sufriría, que moriría, y que se levantaría. Y la consecuencia de su resurrección es la proclamación del arrepentimiento y perdón para todo el mundo. Este proceso empieza con los discípulos, que habían abandonado a Jesús, que huyeron y se escondieron y no creyeron a las mujeres que les contaron sobre la tumba vacía. Incluso después de todo esto, Jesús viene a ellos, y con él llegan el perdón, la esperanza, y la vida nueva.

Jesús no es fantasma sino un ser humano. Nos enseña que encontraremos a Jesús en la persona ordinaria frente de nosotros, la persona herida, la persona hambrienta. Jesús vive entre nosotros. Cuando estemos juntos en comunidad, Jesús está aquí. Jesús llega a nosotros mediante de las puertas cerradas de nuestro miedo. Llega para quitarnos el miedo de la muerte, para ofrecernos la paz que excede el conocimiento, y entonces para desafiarnos a compartir la noticia buena. “Ustedes son testigos de todo esto,” dice – las mismas palabras que dice Pedro en los Hechos.

La pandemia nos ha escondido atrás de las puertas cerradas, pero ahora las puertas se abren y gracias a Dios podemos compartir de nuevo la Comunión. Nuestra práctica de la fe incluye cosas físicas y compartidas. En los sacramentos usamos el pan y el vino, el agua, el crisma, los anillos, y, sobre todo, reconocemos el cuerpo de Cristo en cada uno de nosotros. Jesús se comparte con nosotros, porque Dios se comparte con toda la creación.

La comida es una parte de esa creación, y una parte importante de nuestra fe. Jesús come pan y pescado. Cuando cenamos en memoria de él, celebramos la resurrección y la Pascua. Se volvió sacramental cuando lo reconozcamos, en una cena familiar, en una fiesta, y en el pedazo de pan de la Comunión. Los sacramentos son para compartir, y también el amor de Dios. Nuestra reunión para la Comunión es una señal que somos un pueblo que quiere compartir con el mundo todo que tenemos. La iglesia existe para apoyar este propósito, para proclamar el arrepentimiento y el perdón de los pecados en el nombre de Jesús para todo el mundo.

Nuestra lectura del Evangelio anticipa el libro de los Hechos, la historia del nacimiento de la iglesia. Nos recuerda que la Resurrección no es un final, sino el principio de la propagación del Evangelio alrededor del mundo. Ahora es el momento de que quitemos el miedo, abramos las puertas cerradas, y demos este testimonio al mundo: Aleluya, Cristo ha resucitado. Es verdad, el Señor ha resucitado, Aleluya.